

Hace un año y algo más de tres meses, el 19 de julio del año próximo pasado, al final de un breve escrito titulado «El canto del gallo», le decíamos al jefe del Estado, «en nombre de muchísimos ciudadanos españoles forasteros de los partidos políticos, con santo y seña electorales», que no hacía sino malgastar el tiempo deplorablemente, perderlo en la rutina cancillerescas y protocolarias del calendario oficial, en consultas a camarilla cerrada, que son una farsa, y acabábamos aquel «Envío» con estas palabras:

«Mañana puede ser otro día: el día del alba de una reanudada historia para España. Y aunque el canto del gallo no haga salir al sol, es al ir a salir el sol cuando el gallo canta. Está el gallo cantando, Señor. Hay que despertarse.»

Esto le decíamos el 19 de julio de 1917; mas hoy, 11 de octubre de 1918, tenemos que decirle que el alba está ya tan clara como el día, y que pronto, muy pronto despuntará el sol e irradiará sobre las cumbres. El sol que va a despuntar es el de la Paz, esto es, el de la revolución. Porque la Paz que llega va a ser la revolución y el principio de la Liga de las Naciones. Y vendrá la Paz—principio de otra clase de guerra—también para España, que es lo que temen los políticos al uso. Lo teme acaso también el que ha jugado con ellos mientras ellos jugaban con él.

Y no están ya las cosas para juego. Harto tiempo se ha ido tirando, que no viviendo, en España, viéndolas venir. Y la que ahora se nos viene es terrible. Pudiera ser la bancarrota moral, el coto de la dignidad nacional.

El alba está ya tan clara como el día, y en cuanto salga el sol, el de la Paz, que es el de la revolución, quedarán alumbrados umbríos rincones, recovecos hasta aquí en sombra, y se pondrá a toda luz la obra nefasta de la clandestinidad y del secreto. Y será mal día para nuestros cancilleres de turno y caldero, los que han estado jugando a dos barajas—aquí todo es juego, y juego prohibido—, pretendiendo engañar a unos y a otros y sacrificando el patriotismo a la lealtad, y a una lealtad mal entendida.

Esta Paz, la que va a venir, les coge completamente desprevenidos a los que no contaban aquí con ella.

El zar Fernando de Bulgaria ha tenido que abdicar, como tuvo que abdicar Constantino de Grecia, el ene-

migo de Venizelos. Y es que las repúblicas triunfan. Queremos decir, al decir repúblicas, las instituciones democráticas, populares, de publicidad. Es el fin de los imperios, chicos y grandes, de los cesarismos. Y los cesarismos vergonzantes y de a perro chico caerán entre vergüenza, cómicamente, ridículamente.

Vencen las repúblicas. Vence la gran República norteamericana, la primera que proclamó los derechos del hombre, presudiando a la gran Revolución europea; vence la República francesa, la que del «affaire» Dreyfus, revolución contra el infame secreto de Estado, salió depurada y

limpia de napoleonismo; vence la República inglesa—Inglaterra es una república coronada—; vence la República italiana, la del lema santo de Mazzini: «Dios y el Pueblo; Unidad y Libertad», que hizo suyo la Casa democrática y popular de Saboya; vence la República belga, que tiene por presidente a un rey heroico; vence la República yugoeslava... Se hunde el cesarismo.

Dicen que se ha desvanecido el ensueño de un imperio del centro de Europa bajo un nuevo César. Y de aquel ensueño de un imperio ibérico, ¿qué se ha hecho? De este ensueño de un imperio ibérico se ha hecho lo mismo que del ensueño de un imperio balcánico, dependiente del otro, acariciado por el que se hizo llamar Zar, César, Emperador de Bulgaria. Y ¡ay de la otra Bulgaria! ¡Ay de la encubierta Bulgaria de Occidente!

Se va a acabar el turno de los cancilleres—cancilleres de turno y caldero—y el régimen de clandestinidad y de secretos de Estado, el de aquellas crisis que se llamaron orientales, y que allá, hace más de cincuenta años, solían ser hasta crisis de alcoba, o de confesonario, no ya de camarilla. Y aun recientemente jamás se sabía el verdadero motivo de una crisis.

Anúnciase una que nadie sabe si será parcial o total, pero todos sabemos que no se sabrá su verdadero motivo; todos sabemos que no son sino pretextos los que por motivos se da. Porque el principio fundamental de nuestra política—y en ello entra Maura, el que tanto ha execrado de esa política—es que no se declare la verdad nunca. En los Consejos de ministros, y aun más en los conciliábulos de unos con otros, ni hay luz ni taquí-

grafos. Pero la luz vendrá. Los taquígrafos no hacen maldita la falta.

Este Gabinete—que no Gobierno, una vez más—es una botella de aceite de hígado de bacalao para una institución, la del despotismo cesáreo, que padece tisis. Tisis, ¿eh?, y no otra cosa; lo que padece el despotismo es tisis. El aceite se va acabando, aunque aún queden bacalao, y con muchísimo hígado, en torno del despotismo enfermo de muerte.

Ha llegado la hora de la confesión de culpas. Hora terrible para los políticos. Porque los políticos pasan por todo, menos por confesar sus culpas.

Y ahora le decimos al jefe del Estado que sólo le queda un camino para alargar siquiera su función, y es hacerse republicano, ya que el mundo civilizado se va a hacer una gran República. Aunque acaso sea ya tarde...

Miguel de Unamuno.

En el «Comentario» que se publicó en el número del viernes pasado, se deslizó una errata, que decía: «... Polonia, oprimía a su vez a los rumanos», siendo el verdadero sentido del texto, conforme aparece en el original, el siguiente: «... Polonia oprimía a su vez a los rutenos.»